

Ella recuerda que la novela quedó a medio hacer. Y es que, a diferencia de sus obras anteriores cuyos personajes se dejaron conducir hacia un desenlace edificante, Fernando Solano le estaba resultando difícil por su empeño en hacer discurrir la historia por derroteros oscuros. Si bien desde el inicio notó cierto hermetismo, no imaginó nunca que este personaje se iría cerrando a los espacios que ella diseñaba para salvarlo de la soledad. Así, frente al amor de la buena Esther, él eligió crear a Ignacia, una mujer enferma que nunca lo amó; frente a los reencuentros que ella propició en lugares públicos con Raúl Solano (único hermano dispuesto a ayudarlo), él eligió apresurar el paso o cruzar en la esquina para no ser visto. Vencida, llegó el día en que lo dejó sentado bajo un aguacero en el banco de una parada de autobús al extremo norte de la ciudad.

Ella recuerda que ese día cogió el fajo de hojas en las que había estado trabajando y lo tiró con rabia en una gaveta; la misma rabia de la que surgió la idea de que Fernando Solano se levantara de la cama, cerrara el libro que estaba leyendo, se mirara en el espejo y notara la barba descuidada, las arrugas de la frente, lo lejos que estaba de la alegría; siguiera camino a la ventana y mirara el mal tiempo y, aunque le resultara incomprensible, tomara la chaqueta, abriera la puerta y bajara las escaleras hasta salir a la calle; una calle desierta y sucia; una calle que lo condujo lejos, muy lejos de su casa, bajo una lluvia que empezó a caer silente, cauta, y que luego fue arreciando sobre los techos, sobre el asfalto, hasta producir un ruido grave que lo rodeó hasta empapararlo; una rabia que la llevó a conducirlo a ese sitio extremo de la ciudad, a sentarlo en un banco roído a mirar nada, y a dejarlo, sin ninguna compasión, abandonado a su suerte: -Ahí tienes pues, muérete solo, empápate de toda tu amargura, quédate ahí para siempre.

Ella recuerda que al principio fue solo una contrariedad, algo incómodo que la retenía lejos de la escritura. Recuerda que se tomó unos días; aceptaba invitaciones a tomar un café, al cine, a dar largos paseos por el parque. Sin embargo, aun en las tardes

Fernando Solano

POR CAROLINA FONSECA

venezolana



radiantes, en las tardes en que todo parecía coincidir felizmente, sentía un leve vacío parecido a un duelo viejo.

Ella recuerda que después se le ocurrió escribir cuentos infantiles con la esperanza de volver a la escritura con una mirada limpia y renovada; y todo eso ¡para qué!, para terminar con unas cuantas historias carentes de brillo, imbuídas de imágenes grises de su infancia, imágenes que creía haber olvidado.

Ella recuerda que por primera vez sintió miedo, miedo de esa atmósfera densa que flotaba en su estudio; un espacio que hasta entonces había sido sagrado; un espacio que había ido ocupando en años con detalles, fotos, muebles que le eran muy cercanos y que ahora aparecían cubiertos de un polvo parecido a la ceniza de un gran fuego. Sí, miedo de ese contagio que empezó a sentirse en todo: en su sueño ligero, en su baja energía, en su manera de fijar la mirada en lugares sin importancia y permanecer horas sin voluntad para moverse, para comer, para sacudirse ese peso.

También recuerda que una tarde gris abrió la gaveta, tomó el fajo de papeles de su novela y un bolígrafo, y se dispuso a rescatar a Fernando Solano. Lo encontró como lo había dejado, un poco más viejo quizás, pero con la misma expresión obstinada que había tenido siempre: Fernando Solano, solo, bajo la lluvia torrencial. Se acercó a él para hablarle suavemente sobre su absurdo empeño, sobre los estragos que podía producir una actitud como ésta; le contó de otros días menos lluviosos, más cálidos, y sobre las pequeñas promesas de esos días; le habló y habló pacientemente hasta que vio que sus palabras, apenas salían de su boca, eran arrastradas por la fuerza de la lluvia, se estrellaban contra el suelo y se perdían en las corrientes de agua calle abajo, mientras Fernando Solano seguía ausente, como si ella no existiera.

Recuerda que desde entonces ha estado ahí, sentada junto a él, mirando nada, incapaz de dejarlo de nuevo, solo, bajo la lluvia.

CAROLINA FONSECA. Empezó a escribir a los ocho años. No pasó de la tercera página. El bloqueo duró cerca de cuarenta años. Entre tanto creció, estudió Derecho en Caracas, trabajó, se casó, se divorció, siguió trabajando, se mudó unas seis veces, tuvo un perro al que quiso mucho, grandes amigos y una pequeña biblioteca; se volvió a casar, tuvo dos niños, y se mudó unas tres veces más, las dos últimas de país. Sabiendo que al cabo de tanto rodeo tendría que volver a la página, lo hizo con cuentos cortos, cortísimos, que han ido extendiéndose, más confiados. Ahora vive en Panamá. Ha tomado talleres de cuento con Enrique Jaramillo Levi.



Exhaustiva compilación histórica que reúne cuentos de 80 autores muy diversos en edad, temas y estilos, y que demuestra la pujanza y calidad de la producción cuentística en Panamá entre 1990 y 2012.

De venta en Exedra Books, Librería Cultural Panameña, Librería Argosy y Librerías de la UTP.